

Opinión

Hasta luego, Pepe

• *Joaquín Marta Sosa*

En general, las muertes duelen, y mucho más cuando sientes que con alguna de ellas dejas de tener cerca, al alcance de la mano o de la llamada, a quien de cierta manera devino, no digamos que en imprescindible (en el fondo nadie lo es), pero sí necesario (en el fondo, muy pocos lo son). No hablo de necesidades sociales, más o menos discutibles, sino de las entrañables, íntimas, irreversibles, personales, que nadie puede discutirte aunque ni uno mismo llegue a entenderlas del todo. Esto me pasa con Pepe Barroeta, la persona cuya amistad o encuentro deja un poso de bondad amable y mirada genuina, el poeta cuya obra convoca y conjura las sombras.

Nos conocimos años atrás, cuando Venezuela estaba sumida en violencias que perturbaban sus propios cimientos. Nos conocimos en algún pasillo de la universidad, campos de batalla intelectual, ideológica y hasta física en muchas ocasiones. Él militaba callada y activamente en la izquierda radicalizada y yo, por decirlo así, en una izquierda cristiana que basculaba entre la imprecisión y una apuesta revolucionaria cuyo único límite era el respeto a lo que Gramsci había definido como “la larga marcha a través de las instituciones”, en la que por cierto se incluía un hermano de Pepe, estudiante de arquitectura, facultad donde éramos holgada mayoría, y de cuya mano lo conocí, a ver si lo convences, me dijo, porque él también es poeta.

Desde entonces nuestros esporádicos encuentros en pasillos o cafetines se iban entre bromas sobre nuestras particulares preferencias políticas y conversaciones en torno a los poetas que leíamos entonces. Gracias a él conocí a Lautréamont y gracias a mí conoció a Cardenal. En estas dádivas puedo apreciar, ahora, se inscribía un rasgo clave de su personalidad: por sobre todo estaba la poesía, y muy por encima de cualquier ideología que, a fin de cuentas, era una materia bastante contingente.

Él era el poeta. En mi caso, al menos entonces, si la poesía no prestaba servidumbre a los imperativos “revolucionarios”, no me interesaba. Y aunque esta relación le he ido cambiando con los años, lo cierto es que Pepe no perdió en el asunto un solo segundo. La poesía era el torrente central de su vida, lo inmutable y esencial, y todo lo que era importante para él tenía una traducción en su escritura.

Es decir, la vida, la de cada día y cada ser determinado, la responsabilidad y habitación solitaria del ser humano en medio de ella, su esfuerzo sin fin para convertir la palabra en transparente cuchillo de esa siempre precaria empresa de poner lámparas en las oscuridades, hontanares vacilaciones y alegrías del corazón: “No han llegado palabras sino actos / al poema / (... ..) / Qué debo poner en la

página: / lo que oí, lo que dijeron todos antes de marchar, / el mal tiempo, el ruido que acompaña. / ¿Trataré de ser claro en la página?”.

Y justo aquí está la médula de todo. El poeta no puede sino preguntar y sólo cuenta con una respuesta contra todos los embates:

los únicos centros cósmicos son el respeto a la especie y, aún mayor, el acatamiento al semejante y sus diferencias. Lo demás es desafío y opacidad. De allí las muchas copas que celebran y las inevitables y abundantes que las dudas surten.

Es obvio que Pepe Barroeta, la persona con su mano tendida al afecto y su mirada abierta a la honradez vital, ya no está en la tierra ni en el tiempo que nos cerca.

El recuerdo de todos nosotros nada logra frente a la quimérica tarea de revivirlo. Andará por otros territorios donde el tiempo es muy distinto y donde, quién lo sabe, un día de estos nos encontrará o lo encontraremos.

Igual es verdad, con idéntica fuerza, imperecedera y firme, que sí nos queda la voz de su poesía asombrada y silente, sobrecogida por la intensidad de lo que alcanzaba a iluminar: esta derrota inevitable de la que es portadora nuestra mortalidad. Sin embargo, para él resulta de una autenticidad sin mengua la razón que Odiseus Elytis presentara como legitimadora de su poesía: “Escribo para que la muerte no tenga la última palabra”.

Ignoro si Pepe escribía desde esa conciencia, pero es innegable que, también en su caso, no será de ella la última voz, sino de sus poemas, dueños de un decir que el tiempo, el implacable, no tendrá más opción que reverenciar.

Nosotros, que somos pasto del tiempo, diremos, como alguien acerca de La Pasionaria, la Dolores Ibarruri a quien él tanto admiraba:
Pepe, no te olvidaremos, o quizás sí, pero en este caso, te lo aseguramos, nunca nos lo vamos a perdonar. Y en mi caso, ya sabes, detesto los escritos que siguen a la muerte, pero no tuve alternativa.

Es obvio que Pepe Barroeta, la persona con su mano tendida al afecto y su mirada abierta a la honradez vital, ya no está en la tierra